



De actualidad

El peñasco de Sísifo

Cuando Ulises bajó al reino de los muertos, según se nos cuenta en el canto XI de la "Odisea", encontré allí, entre otros esclarecidos difuntos, con Sísifo, condenado a llevar un enorme peñasco. Empujábalo con manos y pies a lo alto de un collado, y cuando estaba a punto de hacerle trasponer la cima, derrumbábasele con violencia y rodaba al llano. Y vuelta a recomenzar el trabajo, mientras le corría de los miembros el sudor y le envolvía el polvo la cabeza. Tal el reino de España.

Porque el reino de España lleva sobre sí, a estas, el enorme peñasco de culpas no redimidas, de responsabilidades no expuradas; lleva sobre sí una gigantesca montaña de borrones para cuenta nueva. Y como Atlante se retuerce bajo su peso.

Lo de 1898 creyó haberse liquidado impía y frívolamente con aquel cuentecillo terrible de los que mataron a Meco. Y luego vino lo de 1909 y la semana sangrienta, y luego lo del verano de 1917 y en el entremedio otras culpas por liquidar aún. Sobre ellas se ha echado tierra, tanta tierra que forma ya una montaña.

A raíz de haberse discutido en el Congreso, por ejemplo, lo de la represión de la huelga del verano de 1917, se nombró una comisión que esclareciera lo de entonces y exigiera responsabilidades, y esa comisión echa tierra, echa borron para cuenta nueva. Alguno de los que la forman prefiere perseguir inocentes. Un diputado, el Sr. Domingo, contó el escarnio canallasco de que se le hizo objeto estando maniatado y en un cuartel; se sabe quién fué el escarnecedor y no que se le haya hecho purgar, en cualquier forma, su delito. Y entretanto ha habido tribunales de un supuesto honor que han cortado su carrera, por motivos de política o de policía, pero no de justicia, a dignos ciudadanos. Y se ha expulsado de alguna corporación nacional a jóvenes que se rebelaban contra un sindicalismo faccioso, mientras se perseguía a otro sindicalismo. Y hasta se ha dado el caso de que alguno de estos facciosos sindical-

dos hiciera apresar a los que cobraban cuotas en sindicatos obreros y civiles.

Y mientras no se liquide, siquiera moralmente, todo eso, mientras no se revisen no pocos procesos fallados, y hasta aquéllos cuyas sentencias se cumplieron, mientras tanto, la pobre España seguirá, como Sísifo con su peñasco, sin poder caminar desembarazada y libre. Porque el mayor problema actual de España es un problema de justicia. La reconstrucción tiene que empezar por la de la justicia.

Hacienda, Fomento, Trabajo... sí, sí muy bien, pero antes justicia, justicia, justicia. ¡No para en adelante, en cuenta nueva bajo el borron, no! Hay que quitar esos borrones. Hay que residenciar a los culpables, y si al cabo se les perdona, tendrá que ser relegándolos de la vida pública. Porque se sabe quiénes mataron a Meco, dijera lo que dijese el cazurro gallego, que fué D. Eugenio Montero Ríos. ¿Que son muchos? ¡Pues los que sean!

Esa reconstitución de España de que hablaba uno de los mayores culpables de su ruina moral, uno de los mayores promotores de agravios y de violencias, D. Juan de la Cierva, esa reconstitución tiene que empezar por la de la justicia. Y los hombres de 1898, de 1909 y de 1917 no pueden reconstituir nada. Ni obras públicas, ni legislación social en beneficio del obrero, ni institutos de cultura, nada puede fructificar en una nación cuya conciencia está dolorida por el peso de un régimen de prolongada injusticia.

Los hombres que en España tienen alma española, nacional y civil; los hombres que en España tienen conciencia de españolidad dentro de la humanidad, no pueden—no podemos—vivir una vida espiritual, libre y digna, por la pesadumbre de la montaña de las injusticias sin purgar. Y tenemos el alma encomada. El encono, el rencor, es la levadura de nuestras desesperanzas.

Desde fines ya de 1885, España ha venido viviendo en un ámbito moral caliginoso, en un ámbito en que la fe mata, como sentía el mártir José Rizal la víspera de ser asesinado en Manila. Una nube negra que parecía salir del pudridero del Escorial se extendió, como gas asfixiante, sobre España. Pareció romperse la nube y asomar el azul del cielo en la primavera de 1902, en el mes de las flores, pero la nube volvió pronto a cerrarse y con

resplandores de sangre, como las del incendio del ocaso. El despotismo, que es la negación de la justicia, y el despotismo antiilustrado y más torpe que se pueda inventar, pesa sobre España. Hase borrado de las alturas todo sentido de equidad serena. Y se ha querido encubrir eso con un frívolo patriotismo histriónico, con un patriotismo de trapo—de muleta de capea—y de arenga cursi y de olé. Y, sobre todo ello, como la losa de una huesa de muerte civil, una trágica irresponsabilidad, una irresponsabilidad que es un misterio fatídico.

España necesita, para poder respirar libre y trabajar y rehacerse, que le quiten de encima ese peñasco de Sísifo, que es la montaña de borrones para cuenta nueva. No hay cuenta nueva viable mientras sigan los borrones.

MIGUEL DE UNAMUNO

